

El enjuiciamiento de las estrategias de actuación o las tácticas discursivas de formaciones políticas de relativo nuevo cuño se ha visto marcado en los últimos años por una notable inflación en la utilización del adjetivo “populista” que no es en absoluto ajena a la convulsa realidad política surgida de la última gran crisis del capitalismo. Ello ha dado lugar a un amplio debate sobre el significado del término “populismo”, de límites pocos claros y contornos difusos que justificarían semejante inflación, encaminado a decidir sobre la adecuación de su aplicación a ciertos partidos o formas de ejercer la política, y así evitar un uso indiscriminado y a la postre vacío del mismo que antes induzca al emborronamiento y la confusión conceptual que a una definición de los fenómenos políticos al servicio de su más lúcida comprensión. Pero también ha suscitado una intensa reflexión sobre las causas que explicarían la proliferación y creciente éxito electoral de partidos políticos habitualmente tildados de populistas que es testimonio de la inquietud que provocan y de la amenaza que se percibe en su aparición desde cierto ideal de la vida política.

La amplitud del concepto de populismo no sólo subyace a la pretensión de distinguir entre populismos de derechas y de izquierdas, sino que ha motivado que bajo su alcance se sitúen fenómenos tan dispares como los regímenes democráticos asociados a proyectos desarrollistas en países latinoamericanos y el reciente acceso de Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos. Si el debate sobre su significación se centra sobre cuáles serían los rasgos que legítimamente cabría atribuir a la política populista, la multiplicidad de caracteres señalados por sus estudiosos configura un panorama complejo y no siempre fácilmente discernible del que se

perfilaría en el caso de proceder a la determinación de las peculiaridades de las democracias contemporáneas. Entre tales rasgos destacan la dicotomización del espacio social en los dos sectores antagónicos formados por las élites corruptas, que gobernarían para la preservación de su status privilegiado, y el pueblo llano, alabado en su virtud y llamado a empoderarse frente a aquéllas, o la presencia de un líder mesiánico, visto como un salvador y objeto de culto, que desprecia las instituciones y aspira a mantener una relación directa e inmediata con sus representados. Pero igualmente se incluyen el espíritu anti-sistema, el anti-pluralismo, la incapacidad para forjar compromisos políticos o el recurso a una retórica persuasiva, proclive a la simplificación de las cuestiones políticas y de sus posibles soluciones, al tiempo que prioritariamente dirigida a movilizar las emociones del electorado en lugar de fomentar la reflexión racional y la distancia crítica a partir de la argumentación de sus propuestas. Si ya la elección de uno o varios de tales caracteres, o su clasificación en caracteres principales y secundarios, ofrece serias dificultades en vistas al trazado de una clara línea fronteriza entre lo calificable de populista y lo que permanecería al margen de este adjetivo, tampoco han faltado análisis que han advertido de la actual integración del discurso o la lógica populista en toda forma de actuación política más allá de tendencias e ideologías. En este caso, se afirma, la correcta asignación del término populismo respondería más bien a una cuestión de grado, es decir, del grado en que los rasgos a él vinculados se manifiestan en las organizaciones políticas existentes a día de hoy.

El análisis de esta penetración del populismo en la política contemporánea no

se deja desligar de la reflexión sobre sus causas. Pues tal vez el punto de mayor coincidencia en la investigación de este fenómeno radique en señalar su íntima conexión con el nacimiento y consolidación de los modernos Estados democráticos y, ante todo, con las dimensiones problemáticas que éstos encierran. Así, a la base del éxito del populismo se ha emplazado la existencia de una crisis de representación, e incluso de una crisis orgánica en sentido gramsciano, cuyo origen último se hallaría en la emergencia de la sociedad de masas, presidida en su evolución por las contradicciones y desigualdades económicas que derivan del funcionamiento del capitalismo. Teniendo en cuenta que la masiva implementación del ideario neoliberal desde finales del siglo XX ha exacerbado esta situación de desigualdad y frustración de las expectativas económicas que fomentan las sociedades de consumo, se entiende que el populismo haya sido interpretado como una respuesta ante la impotencia de los regímenes democráticos y sus élites gobernantes no sólo para evitar las consecuencias perversas de las recurrentes crisis del capitalismo, sino también para vehicular una auténtica soberanía de sus gobernados frente a los imperativos del mercado internacional. A ello deben sumarse componentes culturales no menos relevantes ante las rápidas transformaciones que la globalización económica impone en las sociedades contemporáneas: en el actual calado político del populismo convergen factores como el temor a la pérdida de los valores occidentales ante el aumento de la población inmigrante, o el deseo de restaurar lazos comunitarios pertenecientes a un pasado idealizado, que agudizan la xenofobia y los sentimientos nacionalistas y que, en sus vertientes menos extremas, impulsan discursos que aspiran a reactivar el amor por la patria.

Mayoritariamente, el populismo es denostado y contemplado como un enemigo a batir por hacer uso de proclamas que se asocian a una ideología neoconservadora, defensora de la tradición y los particularismos, y que rechaza los valores emancipatorios, los ideales de progreso y el cosmopolitismo inherentes a la modernidad política. Sin embargo, el populismo se ha visto a su vez saludado con entusiasmo por partidos e intelectuales de izquierdas, que lo han reivindicado como una opción política lícita y acorde con la multiculturalidad de las sociedades contemporáneas: en su potencialidad para aglutinar demandas radicalmente heterogéneas, se divisa la oportunidad de construir una comunidad política alejada de la anomia y el individualismo que promueve el mundo globalizado. Si en ello influye un cierto diagnóstico sobre el fracaso de los proyectos emancipatorios, supuestamente enraizado en su apelación a una imagen distorsionada del ser humano que preconiza sus aspectos racionales en el terreno de la decisión política en detrimento de los afectivos o emocionales, la polémica gira aquí en torno a la posibilidad de articular un populismo progresista, capaz de disminuir la brecha que nos separa del principio de justicia social, a partir de los elementos participativos, igualitaristas y combativos de la corrupción que contiene la comprensión populista de la política. La cuestión decisiva en lo que atañe a este eventual populismo de izquierdas residiría entonces en su hipotética virtualidad para oponer algún tipo de resistencia a la agenda neoliberal que paliara sus efectos destructivos tanto sobre la conformación de las sociedades contemporáneas como sobre sectores cada vez más amplios de su población.

En los artículos que componen el presente monográfico se encontrará una apor-

tación teórica rigurosa, realizada desde el área de la filosofía y las ciencias políticas, al actual debate sobre el populismo que pretende arrojar luz sobre sus rasgos esenciales, las causas de su éxito y su eficacia política para dar respuesta a los numerosos interrogantes que a día de hoy plantea la globalización económica y cultural.

El trabajo de Joan Antón-Mellón y Elisenda Antón Carbonell aborda la cuestión, poco estudiada en el campo académico español, del llamado populismo punitivo, consistente en la utilización del Derecho Penal con fines electorales. Esta modalidad del populismo se hallaría estrechamente ligada a la hegemonía del paradigma neoliberal, cuya imagen atomística de la sociedad subraya la responsabilidad individual del delincuente sin atender a su situación social y rechaza la idea de su posible rehabilitación para abogar únicamente por su castigo. Una vez expuestos los rasgos fundamentales del populismo punitivo, ambos autores proceden a un examen de su introducción en España a través de las transformaciones llevadas a cabo en el sistema penitenciario entre 1995 y 2016. A un tiempo, analizan la influencia que en este proceso ha tenido el tratamiento mediático de la delincuencia.

Acentuando que el populismo sería ante todo un estilo político, Manuel Arias Maldonado sostiene que si bien la movilización de los afectos no le pertenece en exclusiva, en el populismo se revela una especial propensión a la exaltación de las emociones, dada su negativa a situar en la razón el elemento de cohesión de las formaciones sociales, su particular manejo de los sentimientos negativos que desatan las épocas de crisis, la introducción de antagonismos que indefectiblemente entrañan un fuerte componente pasional

o la identificación afectiva que persigue entre el líder y el pueblo. A su juicio, al éxito de las estrategias populistas habría contribuido significativamente la masificación del uso de las redes digitales de comunicación, también tendente a formar una opinión pública en la que impera lo emocional frente a lo racional.

Hans-Georg Betz indaga sobre la relación entre la movilización populista y el nativismo, definido al modo de un nacionalismo xenófobo y diferenciado como tal tanto del populismo como del racismo. Su objetivo es determinar si el nativismo es algo intrínseco al populismo, o más bien se trata de un rasgo peculiar de la derecha radical al que sólo incidentalmente se suma el populismo. Si éste se caracteriza básicamente por la polarización antagónica del espacio social entre “los de arriba” y “los de abajo”, la investigación sobre la movilización populista muestra cómo, a pesar de sus divergencias, la ideología nativista ocupa en ella un lugar cada vez más destacado tanto en su vertiente económica como simbólica o cultural, de relevancia crucial para la formación de la identidad colectiva.

El texto de Ariane Chebel d’Appollonia examina los factores habitualmente señalados en la justificación del auge del populismo, a saber, el desencanto democrático, la desigualdad económica y la reacción cultural, para analizar en un segundo momento la singularidad del triunfo electoral de Donald Trump, principalmente efecto de la utilización de consignas que engarzan con actitudes arraigadas en el mundo norteamericano –el anti-intelectualismo, el nativismo populista, el conservadurismo racial– y de la idiosincrasia de su sistema electoral. Sin embargo, aduce que la explicación del éxito del populismo debe tener en cuenta

otro tipo de factores en los que detecta síntomas de la profunda crisis social que atraviesa no sólo Estados Unidos, sino también Europa: la cultura del miedo, el síndrome revanchista y la banalización de la violencia.

El artículo de quien escribe estas líneas cuestiona la validez de la razón populista teorizada por Ernesto Laclau como propuesta de acción política destinada a socavar la actual hegemonía del modelo de gobernabilidad neoliberal y así hacer frente a las desigualdades y conflictos sociales que ocasiona. Desde la defensa de la tesis de que su implementación obedecería a las actuales exigencias del funcionamiento del capitalismo, unida al análisis de las formas de subjetividad propiciadas por estas prácticas de gobierno, se argumenta que la noción de un populismo progresista formulada por Laclau no sólo resultaría inoperante para generar un nuevo orden social, sino que obvia la inclinación de los sujetos producidos por el neoliberalismo a apoyar partidos populistas cuyas demandas serían contrarias a los principios de la izquierda política.

Roberto Navarrete categoriza los populismos actuales como “nuevos populismos” remontándose a los orígenes históricos de este fenómeno, que comienza en el siglo XIX y cobra expresión en movimientos políticos de ideología básicamente anticapitalista y reactiva. Según su perspectiva, la pulsión populista estriba en una suerte de rebelión del pueblo contra la soberanía adquirida por el capitalismo, que lo ha relegado a la posición de mero súbdito hurtándole su condición de ciudadano. Pero a la solución populista ante esta coyuntura, que pasa por el antagonismo y se alimenta veladamente en su concepción de la ciudadanía de los mismos supuestos que el ideario neoliberal, se opone el re-

publicanismo como régimen político que, en su equivalencia con un institucionalismo abierto y flexible, se sustraería a los efectos indeseables del populismo.

Partiendo del examen de los estudios de la psicología social sobre las masas, Antonio Rivera explica el papel que Freud asigna a la libido en la formación de los vínculos sociales y la importancia que concede a la hipnosis para pensar la psicología de masas en su relación con el líder. Incidiendo sobre la reflexión de artistas como Fritz Lang durante la época de la República de Weimar, que recurren igualmente a la hipnosis para escenificar la susceptibilidad de las masas en tiempos de crisis a actuar contra sus intereses bajo el dominio despótico de un líder tiránico, se critica la concepción del caudillo populista elaborada por Laclau como representante democrático: dadas sus afinidades con la visión de la democracia de Carl Schmitt, la teoría de Laclau no logra soslayar el peligro de difuminar la diferencia entre democracia y autoritarismo.

Miguel Ángel Simón se interroga por el sustrato común de las causas generalmente atribuidas al ascenso de la derecha nacional-populista. Si tales causas apuntan doblemente a las dimensiones económicas y culturales de la globalización, ambas descansarían sobre un sentimiento de nostalgia que en realidad procede de un espejismo: la imagen de una comunidad ideal, emplazada tanto en el pasado como en el futuro, que la derecha nacional-populista pretende recuperar o proyecta hacia lo venidero. Esta imagen ilusoria se configura a partir de una percepción distorsionada de la realidad que afecta a la seguridad nacional, la economía y la presunta amenaza de la inmigración para la preservación de los valores occidentales. De ello se sigue, en la de-

recha nacional-populista, un concepto de pueblo anti-pluralista y anti-liberal, antes cercano al autoritarismo que al diálogo democrático.

José Luis Villacañas analiza la aparente confluencia entre las posiciones de Blumenberg y Laclau sobre los fundamentos antropológicos de la retórica y su función estructural en los discursos racionales, con el propósito de profundizar sobre sus dispares consecuencias políticas. En Laclau la retórica se erige en el elemento central para la construcción de la unidad universalizante y homogeneizadora del pueblo, postulado que entra en contradic-

ción con la idea de que la creación del pueblo requiere de un antagonismo que no se deja forjar retóricamente. Frente a esta pretensión totalizante, la retórica de Blumenberg desemboca en una concepción de la política que asume la provisionalidad de la razón en la búsqueda del consenso democrático y sienta las bases para la reflexión sobre la legitimidad de los medios de persuasión inmanentes a la retórica.

Paloma Martínez Matías, coordinadora,
junto con **Miguel Ángel Simón Gómez**,
del presente monográfico.